

la ley de su vida, y el consuelo de su muerte. En sombría mañana de Enero, bajo un cielo cubierto de plumizas nubes, sobre una tierra llena de nieve, subian varios condenados á muerte, vestidos de sayal, encubierto el rostro en largos capuchones, atadas las manos á la espalda, por las escaleras de un cadalso. A su cabeza estaba Conrado Ryleyef, y sus compañeros eran Murawieff, Rumime y otros. El verdugo les ata la soga al cuello y los lanza con violencia al espacio. Las sogas se rompen, y los condenados caen ilesos en el suelo. Desgraciada patria, dijo Ryleyef levantándose, desgraciada patria, donde no se sabe ni siquiera ahorcar á un hombre. Bien pronto le demostró el verdugo que se sabia ahorcar, y ahorcar perfectamente, bajo el imperio de los déspotas.

El despotismo podía creer que, al ahorcar aquellos hombres, habia tambien ahorcado una idea. Sus cuerpos yertos, sus voces extintas, la luz de sus ojos apagada, inspiraban la creencia al soberbio de que muere un principio cuando la sangre ha hecho estallar el cerebro que lo encubriera y la muerte acallar los lábios que lo propagaran. Mas la idea se trasmite por conductos misteriosos de generacion en generacion, de gente en gente, de siglo en siglo. Levantais en su contra la censura y la desvanece; o poneis fronteras celadas por esbirros á su paso de nacion á nacion, y las salva; la extirpais por el hierro, por el fuego, y queda como el eterno patrimonio del género humano en el fondo de su inextinguible conciencia, hasta que concluye por arrastrar á sus perseguidores y por modificar y trasformar las mismas leyes destinadas á su exterminio.

Los progresos que el derecho social ha conseguido en Rusia, débense principalmente á estos héroes, á estos mártires del pensamiento. Sin su apostolado, sin su muerte, la

idea dormitaria aun tristemente en la conciencia; y el siervo, como las plantas, estaria aun arraigado en el miserable terruño. Si nueva vida ha latido en aquellas heladas comarcas; si un movimiento social ha impulsado los pobres campesinos, máquinas de trabajo, al derecho, á la libertad, sin duda débese á todas estas voces que han roto sus mordazas, á todos estos holocaustos que han santificado nuestra causa y han redimido á los siervos. Jamás la esclavitud antigua se acabara si los estóicos no predicaban la unidad fundamental del género humano, y á su vez los pobres nazarenos no completan este principio con la unidad de Dios. Pues jamás la servidumbre rusa hubiera concluido sin esta legion sagrada de poetas, de filósofos, de publicistas; que acertaron á desafiar las iras del poder en el destierro, en la horca; y á penetrar con la luz del pensamiento, en ese infierno donde la sangre se hiela, en el infierno de una educacion pervertida, de un espíritu nacional constantemente yerto bajo las sombras del error. Cuando el siervo se sienta dueño de su conciencia y de su vida; cuando se vea libre de la justicia señorial que lo oprimia y lo vejaba; cuando pueda abrazar á sus hijos sin temor al látigo que cruzaba su rostro, y al destierro en Siberia que continuamente se cernia sobre su existencia, ignorará que la idea acariciada por los mártires desconocidos de la libertad, predicada por los apóstoles oscuros de la democracia, cuyo nombre ha borrado hasta de la memoria pública una censura implacable, esa idea castigada como un crimen, ha ascendido, sávia misteriosa, del cadalso de los criminales al trono de los Emperadores, y desde allí ha bajado por su propia virtud, por su propia fuerza, convertida en reformas sociales, como lluvia vivificante, sobre la gleba feudal, y como maná de nueva vida sobre los ganados de siervos.

CAPITULO XXIV.

LA EMANCIPACION DE LOS SIERVOS.

Indudablemente desde la muerte de Nicolás, ha progresado la sociedad rusa y ha progresado con sentido democrático. Y este progreso principalmente se debe á que la propaganda misteriosa y subterránea no ha cesado un momento. Cuando no ha podido hablar en Moscow, en Petersburgo, ha hablado en Londres, en Ginebra, y el golpe de la prensa háse oido desde el seno de los palacios hasta el seno de las cabañas, en toda la silenciosa Rusia. Ya por los años de 1848 pudo convenirse Nicolás de que progresaba la idea caída de los cadalsos de 1826. La revolucion francesa, que él saludó con alborozo por destructora de una monarquía constitucional, llevó calor, electricidad á su imperio. En 1849 descubrióse vasta conjuracion republicana, alimentada por una de esas sociedades secretas que brotan oscuramente en las sombras. Consejeros honorarios, oficiales de la guardia, estudiantes de la universidad, hidalgos y hasta gentiles hombres la componian. Veintiuno fueron condenados á muerte.

A.

En Rusia la pena capital está abolida por una disposicion de la emperatriz Isabel. Y como el despotismo es tan hábil y tiene tantos recursos, no pueden imponerla los tribunales ordinarios, pero pueden imponerla los consejos de guerra, sobre todo á los reos de alta traicion. Los conjurados fueron perseguidos, presos, condenados á muerte, puestos en capilla, sacados al lugar del suplicio, asistidos por los sacerdotes; sus ojos vendados, abiertos sus pechos á las balas, forzadas sus rodillas á hincarse en tierra, y al punto de sonar la palabra «fuego,» cuando ya habian devorado todos los horrores de la agonía, esperando como inmediato descanso la muerte, léese el perdón concedido por un capricho de su tirano, vengativo hasta en la compasion, cruel hasta en la misericordia.

Pero la muerte hirió al tirano Nicolás, y un nuevo reinado se inauguró en la persona de su hijo el emperador Alejandro. Nicolás era un déspota á la manera asiática. En el terror se encerraba todo el númen de su fu-

riosa política. Si el terrible Ivan azotaba, laceraba, hería los cuerpos de sus enemigos hasta arrancarles poco á poco, para que la vida durara más tiempo, y con la vida el dolor, cabeza, entrañas, arrojando despues todas estas carnes destrozadas en calderas de agua hirviente; Nicolás ponía bajo el memorial de una princesa que demandaba evitáran á su marido la pena de deportacion á Siberia: «que vaya á pié;» y obligaba á un pobre anciano á asistir á los bailes de córte en la misma noche en que comenzaba á cumplir su hijo único, bajo el peso de enormes hierros, horrible viaje á las minas de los montes ourales, sepulcros de vivientes. Como su padre Paulo, como su abuelo Pedro III, Nicolás tenía ramos de locura. Merced á ella el siglo décimo-nono ha visto lo que parecia reservado á siglos mas bárbaros, ha visto la muerte de naciones, la muerte de razas; ha visto caer los polacos, como los judíos en los tiempos de Nabucodonosor, de Ciro, de Vespasiano. Pero si Nicolás era un déspota á la manera asiática, Alejandro es un déspota á la moderna, un déspota ilustrado, un déspota que se gloria de ejercer su despotismo en pro del pueblo. Desconfiado, melancólico, deseoso de servir al espíritu moderno hasta donde el espíritu moderno le sirva á él, y de falsificarlo, ejerce la crueldad solo cuando cree que la necesita, y cae despues de haberla ejercido en tristezas profundas, que muchos temen degeneren algun dia, como sucedió á sus abuelos y á su padre, en verdadera demencia. Solo en Polonia, cuando la insurreccion última, ha sido cruel Alejandro. Para las deportaciones de muchedumbres, para tal exterminio de pueblos, para los fusilamientos de mujeres y niños, en el seno de las iglesias, conteniendo con las balas el cántico y la oracion, sustituyendo el humo de la pólvora al humo de inciensos; para todos los horrores del bárbaro Mouravief, tenía Alejandro un consuelo, un gran consuelo, por más ideal y arqueológico que parezca:

pensar en los tiempos antiguos, en la opresion de los rusos por los polacos, en el carácter aristocrático de estos; en su intolerancia religiosa, en su apego fanático al catolicismo enemigo de la religion griega, en sus tendencias jesuíticas, en la opresion impuesta á los siervos, en el feudalismo de sus instituciones, en la perturbacion arrojada por sus dietas sobre toda Europa. Y despues de haberse mecido en estas disculpas dadas por todos los periódicos rusos, creia dulce, dulcísima venganza, emancipar revolucionariamente los siervos, y revolucionariamente despojar de sus propiedades á los señores. Pero la historia no agradece ni aun la justicia cuando la dicta el propio interés y se convierte en sañuda venganza.

El acto verdaderamente ilustre del reinado de Alejandro, fué la emancipacion de los siervos. La servidumbre última, en las condiciones que hasta nuestro siglo alcanzára, databa de 1597. Un bárbaro, un usurpador declaró propiedad de los señores sus campesinos convirtiéndolos en verdaderos animales domésticos. Nada le duele tanto á la naturaleza humana, como la pérdida de la libertad; y miles de sublevaciones sucedieron á esta horrible medida. Pero al cabo, cayeron los sublevados bajo el yugo, y al yugo quedaron apegados y uncidos. El propietario los mantenía; pero les golpeaba como á sus bestias de carga; los repartía entre sus tierras, considerándolos solo como fuerzas brutas; les daba los oficios que le placía; los alquilaba por cierto tiempo y cierta cantidad; disponía de ellos, creyéndolos una planta animada y móvil de sus tierras. Y la industria moderna, lejos de disminuir, agravaba sus males. Al cabo, en el antiguo régimen agrícola eran labradores adseritos al suelo, como el nido de la alondra, pero teniendo en el suelo su hogar y su familia, y con el hogar y la familia el aire, la luz, un relativo bienestar. Pero viene la industria, levanta sus fábricas, quiere producir mucho con escaso capital y grande tra-

bajo, corre á la gleba, ofrece alquiler por los siervos, los recibe sin más encargo que hacerlos producir alto salario para sus amos, y los explota hasta convertirlos en rueda de sus máquinas, y en resorte de sus telares, donde se dejan atormentados y exhaustos, en los torrentes de su acre sudor, torrentes de la vida. Algunos de estos infelices son conducidos á Europa, adiestrados en las manufacturas, y adoctrinados en las escuelas industriales. La libertad ha sido la esposa querida de sus almas durante cierto tiempo. Cuando vuelven á Rusia y ven que la han perdido, desfallecen, se enferman, mueren de nostalgia, de duelo por la libertad perdida. Este sentimiento honra á la naturaleza humana; este sentimiento dice que el hombre no quiere poseer nada cuando no se posee á sí mismo, y que la conciencia de sí, las informes revelaciones interiores de su derecho, le moverán siempre, á pesar de tantas doctrinas materialistas como han pretendido en vano corromperlo, á ser eterno reivindicador de la libertad.

Por fin viene la guerra de 1854, y con la guerra de 1854, la experiencia de que los soldados nacidos en la servidumbre, no pueden medirse con los soldados nacidos en la libertad. La idea, que tanto habia animado á los escritores más ilustres de la democracia rusa, esa idea de emancipacion de los siervos, penetró hasta en la mente de sus más implacables perseguidores, y se llevó en pos de sí á sus más encarnizados enemigos. El nuevo Czar subió al trono con esa aureola sobre su diadema. El rumor de que la servidumbre iba á abolirse, llegó á la cabaña del siervo cuando todavía no resonaba en los gabinetes de la diplomacia. Algunos, como si voz misteriosa les llamara á nueva vida, alzábanse, cogían sus mujeres y sus hijos, y se iban, como los israelitas de Egipto, á merced de Dios, por la estepa desierta é inmensa, buscando anhelosos la tierra prometida, buscando la libertad. Era necesario que los soldados salieran á su

encuentro, que les cerráran con bayonetas el paso, que les hicieran volver por fuerza al terruño, donde les pesaba con pesadumbre infinita, su antigua esclavitud. Por fin la libertad resonó en aquellos oídos, como el cántico de Pascua en los oídos del doctor Fausto, devolviéndoles verdaderamente la vida. El Czar habló, y veinte millones de hombres palpitaron gozosos bajo la inmensa pesadumbre de sus cadenas. Sintióse la aristocracia horriblemente contrariada. No solo perdía parte de su riqueza, sino tambien parte de su influjo político. La jurisdiccion, el derecho de administrar justicia, una de sus mayores y más altas prerogativas, quebrábase entre sus manos acostumbradas á sostener el yugo sobre el cuello de los pueblos. El 20 de Noviembre de 1857 salía á luz el rescripto que anunciaba la emancipacion. El propietario debia conservar la propiedad de su tierra; y el siervo adquirir la cantidad de terreno indispensable á su habitacion y sustento. La nobleza, tan sumisa á su Emperador cuando el Emperador oprimía, demandó en son de combate y de amenaza la formacion de comités que pusieran los intereses del propietario en armonía con las ideas del príncipe. Habráseles concedido á los nobles un período de doce años para recibir el pago de la vivienda y de la choza. Mas se les encargaba al mismo tiempo que resolvieran en esos comités nombrados por su propia clase, todos los problemas y apaciguaran todas las dificultades, teniendo en cuenta los intereses recíprocos. Una de las bases esenciales á la emancipacion, era que los siervos emancipados formasen comunidades rurales. La nobleza se reunió en comités, y los comités comenzaron á oponer dilaciones á las reformas. El Emperador cortó estas dilaciones, emancipando de un golpe, y por un solo rescripto, á los siervos de los dominios reales. Esta disposicion hirió profundamente á la nobleza. Han creído los aristócratas de todos los pueblos europeos que era cosa fácil y hacede-

ra conseguir la libertad política y descuidar la reforma social. Han creído que podían ellos tener prensa y parlamento, dejando solo á los siervos látigo y cadenas. Han creído que las ideas quedan, como vapores indecisos, allá en la mente, y no se encarnan aquí en la realidad. Han creído posible amalgamar la libertad y la servidumbre. Y cuando imaginaban que sus aspiraciones políticas no podían llegar hasta la mente del esclavo sujeto á la tierra, se han tristemente encontrado con que el esclavo era socialmente redimido, en odio á ellos, por los mismos déspotas, por los enemigos de todos. Así, en las guerras de 1848 y 1849, cuando los nobles de Hungría y los nobles de Galitzia peleaban por patria y libertad, no acordándose de que también necesitaban patria y libertad los plebeyos, el Emperador de Austria rompió sobre el terruño las cadenas de los siervos, y se conciliaba al pueblo, inspirándole sus propios sentimientos, el odio á la nobleza. El Emperador Alejandro había, pues, realizado una revolución en Rusia, una revolución, mediante la cual, en todos los dominios moscovitas, millones de hombres entraban resueltamente al goce de la verdadera vida con el goce del derecho, encontrando la raíz de la existencia social, es decir su inviolable personalidad.

Esta revolución social engendró verdadera revolución política. El régimen bárbaro de la censura previa fué esencialmente modificado. Reemplazó el régimen, no menos autoritario, pero más leve, de las advertencias, de las multas, de la supresión de periódicos. Es un progreso el sistema de ahogar las ideas sobre el sistema que no las deja nacer. El régimen judicial también hubo de cambiarse con la pérdida de los derechos jurisdiccionales de la nobleza. El jurado apareció sobre la estepa. Es

verdad que el Gobierno se reservó la arbitraria facultad de declarar los delitos que debían ir ó no al jurado; pero la raíz de la institución existe, y de esa raíz brotarán nuevas reformas. Las asambleas provinciales vieron ampliados sus derechos y crecida su influencia administrativa. Modificáronse algo las pésimas prácticas de la burocracia, y se prometió algún respiro á este pueblo siervo. El despotismo se dulcificó un poco. Y con la dulcificación del despotismo, se abrieron un tanto á la esperanza las almas encerradas bajo la antigua servidumbre. Hubo quien presintió la aparición de nuevos Estados generales; quien demandó para Rusia la palabra, la tribuna. Pero la palabra no le será nunca de grado concedida por el despotismo: que la palabra, henchida de ideas, es el Verbo de la redención social.

El movimiento revolucionario no se detuvo por esta causa. El espíritu humano tiene la sed infinita, la sed insaciable del bien; y á cada reforma que alcanza, siente necesidad de otra reforma. El pueblo ruso demostraba que no era el antiguo pueblo romano, y que no había perdido por completo en sus hierros la noción de sus derechos. Cuando las tribus bárbaras avanzaban, y el imperio romano se perdía, los Césares gritaban desde sus despedazados troncos, con la desesperación de verdaderos naufragos: libertad, libertad. Y el pueblo romano, acostumbrado á cinco siglos de esclavitud, se preguntaba á sí mismo, y preguntaba á los demás ¡libertad! ¿qué es eso de libertad? Había perdido hasta la conciencia de su derecho. El pueblo ruso amó y aceptó la libertad, como un don celeste; y se regocijó de obtenerla sobre aquel terruño regado con su sudor y con sus lágrimas.

CAPITULO XXV.

CONFLICTOS Y PERSECUCIONES.

La idea continuó su camino, lo continuó perseverantemente. Herten, Ogaref, desde el destierro, tocaban á rebato contra el viejo despotismo decadente, reo convicto y confeso de las desgracias de Rusia. Pero como el despotismo no puede existir sin suscitar conflictos, sobrevino la guerra de Polonia, que deslumbrada por la reciente emancipación de Italia, quiso de nuevo demostrar su vida en su martirio. Los publicistas revolucionarios rusos doliéronse de las desgracias de Polonia, y demandaron para esta nacionalidad invencible la autonomía, el derecho. Los odios contra Polonia son verdaderamente en Rusia odios nacionales. Acuérdate aun los rusos de aquellos tiempos en que eran esclavos de los polacos. Crean que la oposición de los polacos á unificarse con ellos es fundamentalmente una infame, una escandalosa traición á la raza eslava. Llámense á sí mismos los demócratas de esta raza, y llaman á los polacos los aristócratas, los señores feudales. Por consecuencia piensan que toda defensa de Polonia

es una defensa del feudalismo militar y de la teocracia. Los republicanos desterrados en Londres y en Ginebra, no podían participar de este sentido. El espíritu occidental los envolvía como la atmósfera, y para el espíritu occidental, Polonia es un pueblo mártir, un pueblo tres veces descuartizado, un pueblo, cuya indomable vitalidad asombra, y que tiene derecho á tomar cuerpo y sentarse entre las naciones europeas. Algunos de estos principios resplandecían vivamente en las obras, en los artículos de los republicanos rusos diseminados por Occidente. Rusia los maldijo. Así, el escritor nacional, cuyas cóleras tomaban la grandeza de las cóleras de todo un pueblo, cuyos escritos eran los escritos de toda una raza; capaz de despertar con su acera da palabra en las huesas los restos de los rusos esclavizados por Polonia, y capaz también de predicar una Cruzada exterminadora contra los católicos á la manera de la Cruzada católica contra los Albigenses; el escritor de esta fuerza, de este empuje, númen é inspiración